



Director.—TOMÁS ORTOS RAMOS. Administradores.—E. GUTIERREZ Y COMPAÑIA

¡VIVIR ES GOZAR!



¡El baile es la vida! ¡No hay otro elemento
que dé más placer!

¡Placer y emociones divinas sin cuento!

¡Y orgías completas que animan el ser!

SUMARIO

Curiosidades semanales, por E. Taimrens Drangs.—*Historia de un fósforo*, (conclusión) por T. Sánchez de Neira.—*Su sombra*, por J. M.^a Mateu.—*Latigazos*.—*Teatros*.—*Advertencia*.



Á RICHARD S. DRANGS,

EN VIENA

No sé el efecto qué te paoducirán mis cartas, ni sé tampoco si debo continuar; pero ahí va esta y después resolveré.

Te dije mi opinión respecto á la novela de Pérez Galdós, y ahora voy á decirte lo que opino de la crítica de Leopoldo Alas.

Clarín es sin disputa uno de los hombres más cultos de España, y el saber esto él demasiado, es lo que, á mi parecer, le perjudica.

Sus artículos críticos en sátira son lindísimos; pero luego sus estudios de crítica filosófica dejan bastante que desear. Es, y debió ser siempre, un Voltaire en la literatura: tomarlo todo por el lado de la broma y no intrincarse para producir folletos como *Rafael Calvo* y *El Teatro Español*, en donde después de algunas páginas (las que hay en el libro) no dice nada.

Su misión en las letras españolas es la de entre- tener por algún tiempo y hasta ilustrar, pero sin dejar de ser humorista. En ese género, pueden perdonársele su enrevesada prosa, que tan lejos se pone (por este motivo) de los que pasarán á la historia como críticos en la verdadera y sana acepción de la palabra: Valera, Menéndez y Pelayo y aun algunos orros de los que se ríe el autor de los *Pa- liques*.

Sí, yo créo que Clarín es el único para escribir la crítica en los semanarios satíricos; pero no por lo que puede enseñar, sino por lo que hace reír.

Alas escribe, de los autores españoles, soñando en Flaubert, Zola, Daudet y los consabidos Goncourt, y es claro, como el esfuerzo constante y quizá inconsciente de nuestra literatura es manu- mitirse del yugo francés, como ha dicho el eximio don Juan Valera, para el catedrático de Oviedo

todas las producciones resultan faltas de ese carácter afrancesado que tanto parece gustarle; y que no se me diga que esto no es exacto, porque aun hacien- do caso omiso del Clarín plagiarío, que encontró Aramús, por todas sus obras tendremos siempre á Clarín, discípulo de la escuela francesa.

El deseo de ser más que Alas, no refrena, le co- locan en posición no muy airosa, y debo repetírlol puede dejar un gran nombre, siempre que tenga presente que Dios no le l'ama por el camino de- estudio serio. Cuartillas sueltas es cuanto debe pro- ducir su inteligencia, y de lo contrario, solo podrá dar el dicho folleto, y algún otro, como Benito Pérez Galdós (biografía), que es en lo tocante á la crítica, obra digna de un escritor, poco más ó menos, como tu amigo, que te estima,

E. TAIMRENS DRANGS.

HISTORIA DE UN FÓSFORO

CONTADA POR EL MISMO

(Continuación)

En bonita caja de concha me colocó la chica y acompañé muchos días á un señor de campanillas, á quien acataban no sé si por mí—y dejo á un lado mi vanidad inflamable—ó por la concha de la ca- ja, ó por otras conchas que él tuviera; ello es que, como obsequio, me entregó á un caballerito imber- be, de atiplada voz y femeniles maneras, que no tardó en vender la concha y trasladarme á una ca- jita de cartón, cuyo epígrafe ó marca de fábrica era el de «Viuda de Fulano y Compañía.»

Allí me quedé reflexionando si esa señora era viuda de aquel fulano solamente ó de fulano y com- pañía, vamos, de toda una sociedad; y cuando quí- se volver de mis reflexiones, me encontré preso en otra celda que tenía por lema «La verdad.»

Por ciertó que esta verdad era una solemne men- tira, porque llevaba en sí una trampa de grueso car- tón, que mermaba en más de una mitad su conte- nido.

¡Qué miedo pasé cuando sin saber por dónde me hallé rodeado de italianos en una caja que cerraba á golpe y adornaban en su parte exterior dos foto- grafías! ¡Entre el Dante y el Petrarca! Me arrimé á la pared como mejor pude, viendo desaparecer á mis hermanos poco á poco, y tuve la suerte, si suer- te puede llamarse, de que unas manos blancas y pe- queñas me sacaron de aquel purgatorio, trasladán- dome á un gran bote de hoja de lata en que repo- saban grandes porciones de fósforos destinados á ser vendidos á granel.

Tanto hablar de la emancipación de los negros,

de la de la mujer, de la del obrero y de no sé quienes más, me decía entonces, y nadie se acuerda de mí, que tengo encima más de diez mil semejantes que me ahogan. Tentado estuve de romper mi carcel estallando de ira; pero el apego á la vida me contuvo.

Salí de allí para ser encerrado en una caja francesa muy bonita, que una doncella de servicio puso en una fonda en que paraban ciertos toreros, los cuales se entretenían en mirar los dibujos y laminas de las cubiertas, de que bien pudiera avergonzarse su mismo autor, si vergüenza tuviera. Duró allí mi estancia mucho tiempo, porque aquellos hombres no hacían casi nunca gasto de cerillas. Surtianles de ellas los mismos necios que los llenaban los bolsillos de cigarros y cuando á las altas horas de la noche volvían á descansar no las necesitaban, que ya venían ellos suficientemente alumbrados.

Reemplazó en aquellas habitaciones á tan alegre tropa, una cómica guapa asistida de una dama de compañía, fea de veras, que más de una vez se recrearon con la vista de la caja francesa que nos encerraba. Había dejado la comediante á su buen marido en la villa de Cornudella, que parece está siempre muy concurrida.

Y de la caja francesa he venido á parar á otra inglesa, cuyos letreros no entiendo. Tiene uno, el de letras más gordas, que dice una cosa así como ¿veis bestias? aludiendo sin duda á los consumidores que de nosotros usen á oscuras.

.....
¿Qué será de mí? ¿Estaré condenado á rellenar el estómago de alguna joven de amores contrariados? ¿Me ahogará en poca agua sin cumplir el fin para que fui criado? ¿Estallaré á manos de torpe fregona ó sucio carbonero? ¿Moriré por ser frotado ó por inflamación espontánea? ¿Seré el motivo para un gran incendio que arrasa un pueblo entero, ó pobre colilla de pilluelo imberbe para que yo la preste el poco valer que tenga?

¡¡Quién sabe!!

Gustoso diera mi vida cuanto antes, que ya estoy cansado de ver y oír picardías; pero mi gran placer en mis últimos momentos sería morir

«extendiendo la luz por las tinieblas.»

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

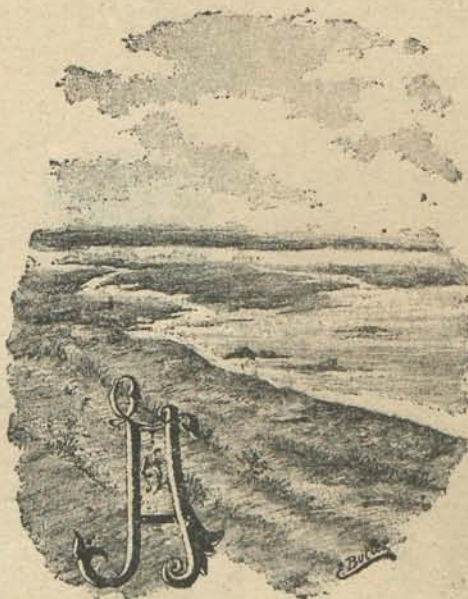
Mariano Fernández, el antiguo y popular actor cómico, ha fallecido. Aparte del sentimiento que causa la muerte del hombre, no estamos tan sobrados de buenos actores para que no sea mayor la pena al perder un cómico de las dotes del decano de nuestros artistas.

«Unos se escapan,
Otros se mueren,
Y el hombre dice.
Vaya por Dios.»

¡Pobre Teatro Español!

SU SOMBRA

(FANTASÍA)



ÚN no se habían encendido las farolas de la calle; era el oscurecer, un oscurecer triste y frío, que, por venir acompañado de la niebla, parecía glacial y tético. Nadie diría por este aspecto del cielo y la escasa animación que se observaba en los grandes cen-

tros, que aquel día había empezado el año, que era un día feliz, único, preñado de gratisimas esperanzas. En cuantas casas no se celebraría con grande algazara y regocijo! pero en cuántas otras los rostros macilentos, la pobreza mal disimulada y la miseria cubierta de andrajos no reemplazarían á las alegres horas de los convidados y á los vistosos adornos de las mesas!

García Gallardo, uno de nuestros poetas de salón más estimado de las damas por sus imitaciones de Becquer, iba pensando en este aspecto singular que presentaba Madrid á esta hora indecisa de la tarde. Subía solo por la calle de Alcalá, envuelto en su gabán de pieles y sintiendo, bien á su pesar, la influencia de la temperatura y de la tristeza general reflejada en las casas y en los rostros de los transeúntes. Parecía haber olvidado que vagaba de casa de un buen amigo, Manolo Gambóia, que acababa de salir del comedor, después de un magnífico almuerzo de tres horas, adornado de exquisitos manjares y salpicado con los mejores vinos.



Besa el conde del Nogal
con entusiasmo bestial
las manos privilegiadas ..
¡que le pegan bofetadas



—Va que te has comprometido,
roma, carísimo Arturo ...
—Por el sabor me figuro

De esta como de otras debilidades, la mayor culpa debía atribuirse á sus nervios, que no siempre los hallaba sumisos y obedientes á su voluntad. Al llegar á la calle de Cedaceros, creyendo oír un paso lento, casi imperceptible, que sonaba como si fuese el eco de los suyos, volvió la cabeza. Algo lejos, confundido con los que cruzaban á su lado, vió un hombre sospechoso que seguía sus movimientos. Creyó también nuestro poeta que al mirarle por segunda vez, el desconocido había alzado el embozo de su capa para cubrirse. Ello es que, apesar de tales precauciones por lo poco que pudo observar, le tuvo por un rostro conocido, por una fisonomía madrileña que había visto en diversos puntos reproducida por la fotografía.

Cuando llegaba á la esquina del Suizo, encendían las farolas de la calle, ardían en los cafés los mecheros de gas y alguna que otra luz eléctrica bañaba las aceras con claridad de luna fantástica y brillante. García Gallardo se dirigió por la calle de Sevilla á la del Príncipe, en la que se halló á los pocos minutos, por ser mayor en este centro la circulación de gentes y carruajes. Al cruzar de una á otra parte, miró disimuladamente, y pudo convenirle que el embozado seguía sus pasos. Añduvo, pues, hasta la mitad de la calle y, parándose en seco frente al teatro de la Comedia, volvió la cabeza y contempló con atención al desconocido; pero este cruzó, como una sombra que se aleja, al otro lado, marchando lentamente, con la cabeza inclinada y el embozo de la capa muy subido. ¿Sería un monomaniaco?... ¿Alguno de policía?... ¿Uno de tantos pobres vergonzantes que esperan asaltarnos en un punto oscuro, una callejuela ó cualquier pasadizo?...

Excitado y nervioso, volvió García Gallardo pasos atrás y echó poco menos que á correr hacia la calle de Alcalá, repartiendo codazos y pisotones. Al final de la de Peligros, tornó á mirar hacia aquel punto, imaginándose haber perdido de vista al importuno. ¿Cuál sería su asombro al verlo como antes, á seis pasos de distancia, oscilando y moviéndose á manera de una bandera negra que agitate el viento? ¿Habría tomado alas aquel hombre para seguirle? ¿Pasarían sus sentidos por alguna alucinación?

No se explicaba nuestro poeta este singular fenómeno de perderlo casi de vista y encontrárselo á los tres minutos detrás de sí, tan cerca, que no cabía dudar de que no fuese el mismo. De buena gana le habría exigido cuenta de aquel increíble espionaje, pero aun con toda su altivez y toda su inmensa vanidad no era hombre temerario, resuelto y de valor

para provocar un lance, para jugarse la vida en un momento dado. Discurrió, por lo tanto, una treta que dejase chasqueado al desconocido.

La plaza de Bilbao se hallaba al final de la calle y allí vivían los señores de Arévalo, una distinguida familia que le apreciaba mucho.

Apretó el paso, llegó al portal, entró sin volver la cabeza y subió al primer piso, donde lo recibieron sus amigos como de costumbre con viva y afectuosa cortesanía. Por ser aquel día el primero del año tenían convidados á unos parientes que también conocían y trataban á García Gallardo. Había, pues, profusión de luces, preparativos de fiesta; en el gabinete contiguo la señorita de la casa tocaba en el piano el preludio de *Mefistófeles*; los niños correteaban por los pasillos y sus voces frescas y argentinas resonaban en toda la casa. Desde su sitio, entre el grupo que formaban los caballeros, percibía nuestro poeta todos estos ruidos, voces, entradas y salidas anunciadoras del festín. De pronto, detrás de unas señoras que se levantaron para despedirse vió con estupefacción la figura del desconocido que vestía como él mismo de levita, pantalón ancho de rayas y cuello alto. Y cosa aún más extraña... desde aquella distancia, corta relativamente, no distinguía con claridad sus facciones sino algún tanto vagas y confusas, como vistas al través de un cristal empañado.

Por un momento creyó García Gallardo que el desconocido era su propia imagen reflejada por algún hermosísimo espejo, porque al par que él alzaba los ojos, le miraba con triste asombro y mostraba en su semblante la melancólica impresión que hubo de traer de la calle. Fatigado por esta constante visión que le perseguía y por los mil ruidos diversos que surgían de los preparativos para el convite se despidió de los señores de Arévalo, cogió el abrigo y se puso en marcha. ¿A dónde iría que se viese libre de su perseguidor?

Lo que necesitaban sus nervios era reposo, quietud, alejamiento de todo ser humano, y en ninguna parte como en su casa habría de hallar esta envidiable medicina. Tomó al momento la dirección de su casa, situada entre el regio coliseo y la calle Mayor, pero antes de llegar distinguió cerca de la puerta la sombra del desconocido, pues más que figura humana parecía por su color indefinible y su constante oscilación la sombra de algo que se agitaba en el aire.

«¿También aquí?»—murmuró nuestro poeta cerrando los ojos como sugestionado por una fuerza superior que lo empujó á entrar rápidamente, á subir la escalera, á llamar y á dejarse caer en el sillón

de su gabinete. —Al poco rato abrió los ojos y tendió la mirada en derredor. En frente, recostado en otro ancho sillón, contemplándole en silencio, melancólicamente vió la figura del desconocido. Aquella figura pálida, muda, vestida de negro, impresionaba tan viva y dolorosamente, que nuestro poeta tuvo que cerrar los ojos.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿cuándo acabará este tormento?» —exclamó en voz baja creyendo estar en presencia de algunas aristocráticas damas recitando una sentida poesía. —Luego se levantó del sillón, se desnudó con presteza y acostóse sin luz, haciendo esfuerzos incalculables para dormirse.

Al día siguiente, sobre la mesilla de noche, encontró una tarjeta sucia que decía: *Francisco Arango*, y debajo en letra de mano: *Feliz año nuevo*. Recordó entonces que este infeliz amigo suyo, cesante y padre de familia, le había acompañado largo rato hablándole de su estado precario y de sus muchas necesidades. Anteriormente y en distintas ocasiones le encontró también en la puerta de Gobernación, y ahora, por vía de recordario de lo prometido, le enviaba esta tarjeta. ¿Habrá alguna relación entre las súplicas repetidas de su compañero y la persecución nocturna del desconocido? ¿Será aquella figura melancólica que le acompañaba á todas partes la imagen del año nuevo? ¿No habría salido de casa de su amigo Manolo Somboa con alguna preocupación en su espíritu, con alguna idea fija?

Sí sí, indudablemente; hay ocasiones en que las imágenes evocadas, los deseos ardientes y las eternas esperanzas se confunden con la realidad y toman la apariencia, la vitalidad y la fuerza de los hechos que surgen á nuestro lado. ¿Y no es esto poesía? Engarzada en los primorosos esmaltes de la rima, ó encerrada en el aureo marco de la prosa siempre será poesía, y como tal debeis tomarla, su gerida por una excitación nerviosa, por la impresión de una idea dominante ó por el insomnio de una noche.

JOSÉ M. MATHEU.



En el teatro de la Comedia se prepara una función, en la que hacen de actores varios caballeros

de la *higilife*, y para que la concurrencia sea de la categoría de los cómicos, no se venden entradas en el despacho.

¡Pero, *higilifes* de mi vida, quién sino vuestros parientes y amigos ha de gastarse el dinero para veros! Una función hecha por vosotros, no puede tener más público que el aristocrático, porque que saben ellos de teatro y literatural!

*
*
*

Nuestro querido compañero Jose López Silva, ha reunido en un precioso tomo, titulado *Migajas*, sus mas chispeantes composiciones en verso. Muy pronto se pondrá á la venta, para regocijo del público madrileño.



TEATROS

REAL. — En el cielo del arte ha aparecido una estrella de primera magnitud. Se llama Regina Pacini, cuenta apenas diez y nueve años y es de fisonomía agraciada y expresiva.

Se presentó en el teatro Real el sábado último con la ópera *Sonámbula*, y produjo fanatismo, maravillando al público por su preciosa y argentina voz, su perfecta afinación, su prodigiosa agilidad y su esquisito método de canto. La ovación fué grande, justa y espontánea.

Desde hoy el nombre de Regina Pacini figurará con brillo en los anales de nuestro primer teatro lírico; los *dilettanti* acudirán á oír á la joven *diva* en *Sonámbula* aunque tengan que padecer bajo el poder del Sr. Moretti, *tenorino* á todas luces insuficiente para cantar partes de primer tenor.

La *reprisa* de *Lohengrin*, ha sido un descalabro para el tenor Marconi, que acometió la ardua empresa de sustituir al malogrado é inolvidable Gayerre. Era un *fiasco* previsto; y sin embargo, parece que Marconi se dispone á cantar *Los Puritanos*. ¡Adiós héroe!

Además de la Pacini en breve formarán parte de la compañía la reputada soprano dramática señorita Gabbi, los tenores Aramburo y Lucignani, y la Srta. Nevada, si su estado de salud lo permite.

Bien merecen un elogio, el señor conde de Michelena y su representante D. José Ferrer, por los esfuerzos que hacen para complacer á sus abonados y al público.

L. C.

ADVERTENCIA

Con el presente número regalamos á todos los suscriptores, el *Almanaque Azul* para el corriente año, preciosa edición con infinidad de fotograbados y cubierta á la acuarela.

IMPRENTA DE M. P. MONTOYA, SAN CIPRIANO, 1.



— ¿Ha leído usted, señor Telesforo, eso del matadero clandestino? ¡Qué atentado á la salud pública!
— ¡Bah, me tiene sin cuidado! ¡Mientras no falsifiquen las lentejas!

ANUNCIO
EL LÁTIGO
CRONICA SEMANAL

Oficinas: Corredera Baja, 27, 3.º izquierda, Madrid

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	Madrid	Provincias
	<u>Plantón</u>	<u>Plantón</u>
Trimestre	1,50	2,00

Número corriente, 10 céntimos; atrasado, 0,25: 25 ejemplares 1.50 ptas

Los señores Corresponsales dirigirán todas sus cartas á la Administración, Corredera Baja, 27, 3.º.
Gran centro para la administración de toda clase de obras de E. Gutiérrez y Compañía, Corredera Baja, 27, tercero.

ÚLTIMOS LIBROS PUBLICADOS

Almanaque Azul, para 1890, preciosísima edición, profusamente ilustrada, una peseta.
COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA.—Vol. 16, *El Lirio de Florencia*, por Emilio Mozo de Rosales, una peseta.

OBRA FESTIVA

El Polvillo Verde, por Verdoso, una peseta.

Esta casa sirve toda clase de libros, francos de porte, siempre que al pedido acompañe su valor.